

EL P. CHAMINADE, SACERDOTE: EN MISIÓN CON MARÍA, FORMAR EN LA FE

Introducción

Hemos visto en artículos anteriores cómo el P. Chaminade descubre los campos de batalla de la Iglesia y la cultura dominante¹. Se trata ante todo de la enseñanza y de la opinión pública. Podemos decir que ésta se configura y se manipula a través de la prensa y de la enseñanza. Sin duda la Revolución francesa se dio un programa de formación del ciudadano del nuevo régimen y para ello se adueñó de la escuela para modelarlo. El P. Chaminade piensa que los marianistas tienen que estar presentes ahí. Las armas que los combatientes usarán serán la razón por parte de los herederos de la Ilustración, y la fe por parte de los creyentes. Defender y proponer la fe fue el programa que se dio el P. Chaminade². Esa fe no es una realidad abstracta sino que está personificada en la persona de María, modelo de creyente, modelo de la nueva humanidad, frente a la propuesta de la modernidad.

El P. Chaminade se hizo presente en la enseñanza no simplemente para enseñar letras humanas sino para formar personas, formar cristianos, más aún, multiplicar cristianos. Esa es la finalidad de todas las obras y actividades a las que dedicó su vida. Enseñar no se reduce a dar clase sino que consiste ante todo en “enseñar las costumbres cristianas”, es decir, una conducta habitual que exprese la fe en la vida diaria. En ese momento, en efecto, las conductas están cambiando y volviéndose cada vez más paganas. Se trata de emplear todos los medios para preservar y curar los efectos de la perversión de la inteligencia entregada al puro racionalismo y utilitarismo.

¹ L. Amigo, "El P. Chaminade, sacerdote: En misión con María, símbolo de la Iglesia", *Mundo Marianista* 9 (2011), 19-41, cf. [El P. Chaminade, sacerdote: en misión con María, símbolo de la ...](#); L. Amigo, "El P. Chaminade, sacerdote: En misión con María, la Mujer prometida," *Mundo Marianista* 9 (2011), 42-65, cf. [El P. Chaminade, sacerdote: en misión con María, la Mujer Prometida ...](#)

Utilizaré las abreviaturas:

Cartas G. J. Chaminade, *Cartas*, SPM, Madrid 2011, 7 volúmenes.

EP G. J. Chaminade, *Escritos y Palabras*, traducción y edición Diego Tolsada, SPM, Madrid 2012, 7 vol.

² Antonio Gascón, *Defender y proponer la fe en la enseñanza de Guillermo José Chaminade*, Madrid 1998.

1. El colegio- seminario de Mussidan y la tradición jesuita

1.1 San Carlos de Mussidan

Aunque la enseñanza antes de la Revolución francesa estaba prácticamente en manos de la Iglesia, la Ilustración supuso un concurrente peligroso a la hora de modelar la conducta de las personas. Hasta entonces los filósofos se habían dedicado a divulgar sus ideas a través de la publicación de tratados especializados leídos por unos pocos. De pronto los filósofos bajaron a la plaza pública y empezaron a exponer sus doctrinas a través de la prensa, de los salones y clubs y de la literatura. Fueron proponiendo un ideal de persona de espaldas al cristianismo. La supresión de la Compañía de Jesús hizo que muchos colegios estuvieran en manos de seculares.

La Congregación de San Carlos de Mussidan, a la que perteneció el P. Chaminade hasta su supresión (1791), regentaba el colegio- seminario de San Carlos de Mussidan. En él estudiaban no sólo los que seguían el seminario menor sino también un grupo de estudiantes que no pensaban ser sacerdotes. Era una manera de llenar el colegio y facilitar económicamente su funcionamiento. Pero sin duda la Congregación de San Carlos pensaba también en formar esos jóvenes e impedir que fueran víctimas de las ideas ilustradas. Hasta qué punto lo consiguieron es discutible. Allí estudió Pierre Pontard futuro obispo constitucional.

Las Reglas de la Congregación de san Carlos de Mussidan citan como último medio para honrar a Jesús el celo en procurar la salvación de las almas. Los medios anteriores se referían más bien a la santificación personal. Pero hay que recordar que la palabra celo incluye tanto la caridad interior así como las obras de celo en las que se despliega esa caridad. Por eso no hay que extrañarse que ese medio se concrete en:

1º Por sus oraciones y ejemplos. 2º Por sus palabras edificantes. 3º Por la buena educación de la juventud. 4º Por catequesis y conferencias. 5º Por predicaciones. 6º Por retiros. 7º Por misiones. 8º Por confesiones. 9º Por advertencias saludables. 10º Por piadosas industrias³.

Como se ve, no se excluía ninguna de las obras de celo, pero las Reglas tan sólo desarrollan lo relativo a la educación de la juventud. En relación con eso se citan también la regla de los regentes y las reglas para los estudiantes agregados o que quieren serlo. Respecto a la educación de la juventud se dice:

³ “Resumen de las Reglas de la Congregación de Sacerdotes y Eclesiásticos bajo la advocación de San Carlos, en C. Delas, *Historia de las Constituciones de la Compañía de María*, Madrid 1965, p. 17.

1º Considerar la educación de la juventud como uno de los primeros y principales medios de procurar la salvación de las almas; 2º. Trabajar en la educación de la juventud, sin ambición de trabajar en otras obras de celo como predicar, confesar; 3º. Estar encantado de no tener otra ocupación de por vida que el trabajar en la educación de la juventud; 4º. Pedir el dedicarse toda la vida a la educación de la juventud, si uno no se siente con un talento especial para algo diferente; 5º. No desaprovechar nada que facilite dar una buena educación cristiana a la juventud. 6º. Una buena educación literaria; 7º. Cuando se enseña observar bien las Reglas de los Profesores; 8º. Estar en condiciones de dar una buena educación ciudadana; 9º. Al enseñar, tener los sentimientos de la más profunda humildad; 10º. Unir a la enseñanza una vida escondida e interior⁴.

Las cuatro primeras reglas muestran la importancia de la educación de la juventud en relación con la fe cristiana. Se prefiere la enseñanza a la predicación o a recibir confesiones. Es una visión muy poco ritualista del sacerdocio. Se puede decir que se trata de una Congregación docente, aunque se respeta que haya carismas particulares que recomienden otros ministerios.

Al servicio de la educación cristiana de los jóvenes hay que emplear todos los medios. No se reduce, por tanto, a darles clases, sino que es muy importante el buen ejemplo, las palabras edificantes y las orientaciones, lo cual supone un contacto con los jóvenes que pasan todo el tiempo en régimen de internado. Se trata de una educación integral de la persona que comporta en particular la educación literaria y la educación ciudadana. La educación tiene un impacto en la sociedad.

El educador tiene que ser una persona humilde, cercana a los alumnos. Sólo será un buen educador si cultiva la vida espiritual. Se es consciente de que los estudios pueden dar un cierto prestigio y status social que puede llevar a creerse superiores a los demás. El maestro está siempre en la escena, por eso se le recomienda la humildad y la vida escondida e interior. La vida espiritual no se identifica con el saber mucho sino ante todo con la oración, como trato de amistad con Dios.

El P. Chaminade fue educado en ese ideario y se sintió inmediatamente atraído por la vocación de educador cristiano. Será profesor en Mussidan muy joven, al terminar sus estudios latinos a los quince años. En efecto, no sólo estaba encargado de la administración del colegio sino que también participaba en la dirección intelectual y moral de los alumnos. Además de trabajar en el seminario ejercía también el ministerio en el hospital y sobre todo en el santuario de nuestra Señora du Roc.

⁴ *Idem*, p. 28.

1.2 La tradición jesuita

Las Reglas de San Carlos de Mussidan se inspiran en los jesuitas. Juan Bautista Chaminade, hermano mayor de Guillermo, fue jesuita hasta el momento de la supresión de la Compañía de Jesús. Entonces se hizo sacerdote diocesano y estuvo de director del colegio San Carlos de Mussidan. Con él llevaría a sus hermanos, Guillermo y Luis.

La Compañía de Jesús no fue fundada como una orden educativa. Los ministerios debían ser sacerdotales: sobre todo la predicación, y luego la enseñanza del catecismo, la administración de sacramentos, la práctica de las obras de caridad, dar ejercicios espirituales. Estos ministerios requerían, sin embargo, hombres bien formados.

Enseguida se aceptaron los colegios como un ministerio prioritario, ante el convencimiento de que la formación de la juventud era un medio indispensable para conseguir la mayor gloria de Dios y el bien de las almas⁵.

El colegio de Gandía fundado por el duque San Francisco de Borja en 1545. Tenía tres finalidades: ser residencia de jóvenes jesuitas estudiantes, enseñarles a ellos, total o parcialmente, las humanidades, las artes o filosofía y la teología; admitir en sus clases alumnos externos, que vinieron en 1546. En 1548 se fundó el colegio de Mesina para jóvenes no destinados al sacerdocio.

La enseñanza era un ministerio muy diferente del de la predicación o administración de los sacramentos pedido por Trento. Era un ministerio creado, no recibido; en un aula, no en la iglesia; con un grupo específico, normalmente de jóvenes, algunas veces protestantes y paganos. Ofrecía un currículo clásico pagano usado como instrumento de moral para la instrucción de los cristianos. Con los colegios los jesuitas dejaron de ser itinerantes.

La experiencia de Ignacio

La decisión de tener colegios se inspira en la experiencia de Ignacio. Éste experimenta una reverencia por el carácter pedagógico paciente de la revelación de Dios, una confianza en que este proceso invita no sólo a la participación sino también a la imitación, un asumir que este proceso es mutuamente beneficioso para el que enseña y para el que aprende. En cada experiencia de aprendizaje la confirmación de la presencia de Dios era el camino que llevaba al jesuita a reconocer su habilidad en ayudar a las personas como Cristo ayudó a la gente y la manera que lo unía a los otros miembros de la Compañía de Jesús. Hay una continuidad entre la pedagogía divina que Ignacio experimentó en su vida y el énfasis que da en la IV parte de las Constituciones. Adaptó la sabiduría divina a la

⁵ M. Revuelta, "Colegios", en Pascual Cebollada, ed., *Diccionario de espiritualidad ignaciana*, Mensajero-Sal Terrae, 2 ed. 2007, I, p. 335.

realidad secular de la educación y de las escuelas.

La experiencia de Ignacio en la educación le había enseñado el valor del sano aprendizaje, lingüístico, literario, filosófico, teológico. Su experiencia de intentar explicar los caminos de Dios a los hombres le enseñó la importancia crucial de la comunicación. Respetaba la necesidad de adaptación, pero pedía un programa estructurado que asegurara ministros formados, capaces de tocar las mentes y los corazones de las personas.

Sobre este fundamento, los medios naturales que disponen el instrumento de Dios nuestro Señor para con los próximos, ayudarán universalmente para la conservación y aumento de todo este cuerpo, con que se aprendan y ejerciten por solo el divino servicio, no para confiar en ellos, sino para cooperar a la divina gracia, según la orden de la summa Providencia de Dios nuestro Señor, que quiere ser glorificado con lo que Él da como Criador, que es lo natural, y con lo que da como Autor de la gracia, que es lo subnatural. Y así deben procurarse los medios humanos o adquisitos con diligencia, en special la doctrina fundada y sólida, y modo de proponerla al pueblo en sermones y lecciones, y forma de tratar y conversar con las gentes⁶.

Educación y misión

Para los jesuitas el fin principal de la educación académica era ayudarles a aprender a cómo ayudar a la gente:

“Siendo el scopo que derechamente pretiende la Compañía, ayudar las ánimas suyas y de sus próximos a conseguir el ‘último fin para que fueron criadas, y para esto, ultra del exemplo de vida, siendo necessaria doctrina y modo de proponerla, después que se viere en ellos el fundamento debido de la abnegación de sí mesmos y aprovechamiento en las virtudes que se requiere, será de procurar el edificio de letras y el modo de usar dellas, para ayudar a más conocer y servir a Dios nuestro Criador y Señor. Para esto abraza la Compañía los Colegios y también algunas universidades, donde los que hacen buena prueba en las Casas y no vienen instruidos en la doctrina que es necessaria, se instruyan en ella y en los otros medios de ayudar las ánimas⁷.”

La educación debe producir carácter a través del ejemplo de la propia vida. La manera como los jesuitas aprendían era parte de su misión. Su estima de la verdad, su

⁶ *Constituciones*, 814.

⁷ *Constituciones*, 307.

dedicación al estudio por sí mismo, su capacidad de triunfar académicamente sin abandonar la humildad y disponibilidad del Maestro al que seguían, eran partes del programa educativo de los jesuitas.

Se espera que el escolástico jesuita integre su formación académica en la forma de vida apostólica e incorpore la capacitación del aprendizaje y de la competencia profesional en su disponibilidad a servir a las personas, al rico y al pobre, al sofisticado y al sencillo, al joven y al viejo. El buen ejemplo que Ignacio supone es no simplemente el de virtud privada sino más bien de una persona pública que indicaba que el jesuita era parte de la familia humana al que servía. La educación del jesuita suponía que realizaba su acción apostólica, no su status social.

El apostolado de la educación de los de fuera es un compartir los dones de la educación jesuita.

“Por la misma razón de caridad con que se aceptan Colegios, y se tienen en ellos escuelas públicas para la edificación en doctrina y vida no solamente de los Nuestros, pero aun más de los de fuera de la Compañía; se podrá ella estender a tomar assumpto de Universidades, en las cuales se estienda más universalmente este fruto, así en las facultades que se enseñan, como en la gente que concurre, y grados que se dan para en otras partes con auctoridad poder enseñar lo que en estas bien aprendieren a gloria de Dios Ntro. Señor”⁸.

La esperanza es que esta enseñanza produzca graduados que son capaces de enseñar con autoridad en cualquier sitio lo que han aprendido en las universidades de la Compañía para la gloria de Dios nuestro Señor. El apostolado de la educación jesuita es la expresión de una misión que está profundamente arraigada en las tradiciones que identifican la vida y el ministerio del jesuita. La autenticidad de la educación jesuita no se vincula a los detalles de la vida de Ignacio sino a la visión que ofreció de la dignidad del enseñar, de la autoridad inherente al sano aprender y del poder del comunicar bien a los demás lo que uno ha aprendido.

Educación y sociedad

Con las escuelas los jesuitas produjeron instituciones cívicas y culturales que eran nuevas para una orden religiosa. Estaban, en efecto, orientadas en gran medida hacia este mundo porque venían del mundo clásico, no del mundo cristiano, aunque era ahora revivido en el mundo cristiano. El modo como los jesuitas se comprometieron con la cultura en un contexto cívico era diferente en el hecho de que estaba centrado en escuelas humanistas. El jesuita pasaba la mayor parte del día en un espacio secular, no en los

⁸ *Constituciones*, 440.

púlpitos o en el claustro. Enseñaba materias profanas –literatura pagana, así como matemáticas, física y astronomía, botánica e historia natural. Significaba que enseñaban a alumnos seculares y no a clérigos o miembros de órdenes religiosas. Al enseñar los autores dramáticos, entraban en el mundo de la música y de la danza de manera nueva para un clérigo.

Consideraban que los estudios de las humanidades eran un instrumento apto para producir personas dedicadas al bienestar común, al bien común. Estos estudios ya no estaban en función de la teología. Las escuelas de los jesuitas tenían un compromiso con la cultura, con la urbanidad, con la civilización, con la conversación, y con el hombre honesto en un mundo que era nuevo para una orden religiosa.

Enseñaban el programa no como preparación para la teología, programa tradicional clerical, sino como un programa completo en sí mismo, con sus propias finalidades que proporcionaría a los laicos el aprendizaje de habilidades que necesitaban para abrirse camino en el mundo. Y abrirse camino de manera que ayudaran a los demás y en beneficio de las comunidades en las que vivían. Este era al menos el ideal.

Se trata de una visión humanista en la línea de Erasmo y de Tomás Moro. Se tiende a adquirir una doctrina sólida con el estudio de la filosofía, como coronamiento necesario de las letras clásicas. La filosofía, a su vez, destinada a formar la inteligencia y a preparar las batallas del espíritu, debe tender a fortalecer la fe y alimentar la piedad mediante la conquista de la más excelente de las ciencias: la teología. Se busca la unidad armónica entre la instrucción y la educación, subrayando constantemente el principio: aprender para saber vivir.

Nuevo modelo de persona

En el s. XVII se intenta hacer de un “hombre honesto”, un “hombre de conversación”, o capacitar al estudiante a ganar reputación como un “hombre honesto”. Este término incluía a los miembros del tercer estado que aspiraban a la nobleza, que emulaban el refinamiento cortesano, pero dotado de un mayor contenido moral. “Honesto” significa honrado y respetado, pero poniendo el acento sobre el ser virtuoso, en el sentido de vivir de acuerdo con las nociones contemporáneas de virtud, honradez y honor. El “hombre honesto” combinaba este sentido con el de participante ideal en las reuniones sociales. Es una persona que se comporta no sólo de acuerdo a normas tácitas, sino también que es afable y cortés y mantiene conversaciones agradable. Es una persona que sabe hablar competentemente sobre cualquier tema. “Conversación” tenía un sentido mucho más amplio que el de hoy día. El énfasis, debido a la etimología latina, se ponía en el reunirse las personas y pasar el tiempo en compañía de otro, intercambiando conocimiento y opiniones francamente en un grupo de amigos. Tiene que ser una persona

leída de manera que pueda hablar de cualquier tema que surja en las conversaciones del grupo. Los jesuitas usan la erudición y la cultura para catolizar la sociedad y no simplemente al individuo⁹.

La formación en la fe estaba integrada en la formación humana. Por eso se habla de “virtud y letras”. Los jesuitas son maestros y religiosos. En los Colegios no se da simplemente enseñanza de materias sino que hay no sólo clase de religión sino también toda una serie de prácticas religiosas.

2. El Padre Chaminade y la formación en la fe

2.1 La formación en la fe en la Congregación de Burdeos

Una nueva moral: felicidad y utilidad

Diderot critica a la Iglesia por negar al hombre la felicidad terrena. En efecto, por aquel entonces, la Iglesia predicaba que el hombre es un ser extraño a esta tierra. Es el *homo viator*, que debe renunciar a todos los goces de la tierra, para lograr, así, la felicidad celeste. El hombre, según la moral religiosa, no ha de seguir los dictados de su naturaleza, sino que ha de someterse a un régimen ascético que calme sus pasiones y le permita dirigir su mirada hacia el cielo, olvidando, así, los goces de este mundo.

Para los Ilustrados, la naturaleza del hombre es buena. Por lo tanto, si el hombre quiere ser feliz sólo debe adecuar su conducta a la de la naturaleza. Por el contrario, oponerse a estas pasiones, por medio de un esfuerzo ascético, es oponerse a la naturaleza del hombre. La religión positiva, según Diderot, no ha hecho otra cosa que tratar de reprimir estas pasiones, no permitiendo, de esta forma, el pleno desarrollo del sujeto. En realidad, la religión revelada ha desnaturalizado al hombre, haciendo de él un monstruo.

Sólo la nueva moral natural de los Ilustrados, que no se opone a la naturaleza del hombre, puede elevarnos a la felicidad. Felicidad que no es propia de ángeles sino de hombres. Felicidad que despoja al hombre de su condición de *homo viator* e impide su fuga del mundo, insertándolo, de manera plena, en el transcurrir histórico. De esta forma, el hombre puede gozar de los bienes de este mundo y ser feliz en esta tierra.

Ya no se busca la felicidad en Dios sino en la realidad del hombre. Ya no es necesario estar dispuesto a sacrificar el amor de las criaturas al del creador. Se puede uno contentar con amar a las otras personas. Sea lo que sea de la vida del más allá, el hombre

⁹ Judi Loach, “Revolutionary Pedagogues? How Jesuits Used Education to Change Society”, en John W. O’Malley, *The Jesuits: Culture, Sciences and the Arts(1540-1773)*, University of Toronto Press, I-II, 1999, 2006, II, ps. 66-85.

tiene que dedicarse a su existencia terrena. La búsqueda de la felicidad sustituye a la salvación. El estado no está al servicio de un designio divino sino que tiene por objetivo el bienestar de los ciudadanos. Los ciudadanos no son culpables de egoísmo cuando aspiran a la felicidad, tienen razón en ocuparse de la vida privada y en buscar la intensidad de los sentimientos y de los placeres, en cultivar el afecto y la amistad.

La perspectiva del progreso implica una solidaridad de cada uno con todos en la empresa de transformación del mundo. La lucha a favor de un mejor estar aquí abajo legitima la búsqueda de la felicidad individual y colectiva. La dialéctica interna del interés bien entendido permite superar el obstáculo del amor propio. Esta nueva moral social no es sólo una preocupación individual: corresponde también a una responsabilidad del gobierno. Se anuncia un estado del bienestar encargado de asegurar al conjunto de los ciudadanos la seguridad y el bienestar.

La enseñanza en la nueva sociedad

La expansión de la educación popular en el siglo XIX ya estuvo propugnada por los filósofos y políticos de finales del Antiguo Régimen; aunque no todos ellos compartían las mismas ideas. Para el despotismo ilustrado, el campesinado y los peones urbanos no deberían tener instrucción escolar, pues sólo eran fuerza de trabajo; solamente el burgués destinado a dirigir al pueblo debía ser instruido. Montesquieu, teórico del Estado democrático moderno, en cambio, sostuvo la conveniencia de “que el pueblo humilde esté ilustrado” como condición para asegurar el orden social y la productividad en el trabajo. Esta segunda postura será la que se imponga entre políticos y grupos sociales preocupados por el desarrollo moral y material de la sociedad. Llevados por un optimismo racionalista, sentaron el principio que sin instrucción no hay virtud y sin virtud, el ciudadano ni es feliz ni hace progresar la sociedad. Por este principio, los gobernantes de finales del Antiguo Régimen tomaron las primeras medidas para la escolarización de las clases populares. Lógicamente, estas ideas fueron retomadas por la burguesía radical protagonista de la Revolución francesa. Pero creyeron que para implantar un sistema escolar público era necesario antes suprimir las instituciones docentes del Antiguo Régimen, a las que veían como los centros transmisores de los privilegios de la sociedad estamental. Con este presupuesto, la Revolución dismanteló toda la red educativa preexistente, en su gran mayoría en manos de instituciones eclesiásticas. El principal objetivo de la educación era la ciudadanía y no la religión.

La enseñanza superior de las Universidades, sometida a tradiciones del pasado, no estaba al nivel del progreso de las ciencias. Era sólo una enseñanza profesional estrecha. No se había convertido en un instrumento motor de la investigación. La enseñanza media estaba demasiado dedicada a los estudios literarios. La enseñanza primaria permanecía limitada en cuanto al número de alumnos y al grado de cultura que impartía. La enseñanza

técnica no era adecuada a las necesidades nuevas. La destrucción del régimen corporativo y la multiplicación de manufacturas agravaban la situación. Era necesario un nuevo plan global.

Esta educación tenía que ser también renovada en su espíritu y en su función social de acuerdo a las exigencias de una sociedad que se reorganizaba sobre los dos principios de la soberanía nacional y la libertad política. Tenía que estar ante todo impregnada de espíritu cívico, que constituyera una integración progresiva del niño en la sociedad, que formara no al hombre honesto de la antigua sociedad aristocrática sino en todos los grados al ciudadano activo de una democracia libre. Debía ampliarse en la proporción en que se había ampliado el pensamiento por el conocimiento científico del mundo y por el conocimiento histórico del pasado y prepararse a seguir la evolución de las técnicas que empezaba ya a vislumbrarse. El esfuerzo por liberar a la sociedad del poder religioso comportaba el buscar los fundamentos de la nueva formación moral y social.

Los nuevos poderes liberales, que habían asaltado el Estado monárquico e implantado un Estado constitucional, laico, basado en el dinero y en la producción, necesitaban tanto ser reconocido como legítimos por la gran masa del pueblo, cuanto asegurar a todos los ciudadanos el disfrute de sus derechos en orden y en paz. Para conseguir el consenso social en torno a estos fines, uno de los instrumentos más importantes que se había de emplear fue la instrucción o escuela. El interés de todos los Estados modernos durante el siglo XIX para escolarizar a la población estaba en el interés por integrar en los valores y formas de la nueva vida política y laboral a todos los grupos sociales

La ruptura con la educación tradicional resultó de la nueva concepción del niño debida a Rousseau. Hasta entonces el postulado espiritualista implicaba que el centro de la educación era el alma humana y su salvación. Tenía como corolario que la naturaleza del niño no era esencialmente diferente de la del adulto. La finalidad de la educación era ayudar a desarrollar esta esencia humana general que el niño contenía en potencia. Rousseau por el contrario introdujo dos tesis nuevas. El niño tiene una naturaleza propia, irreductible a la del adulto. Hay una solución de continuidad entre el desarrollo natural y el desarrollo político del ser.

Iglesia y enseñanza

Durante el antiguo régimen la enseñanza no universitaria estuvo prácticamente en manos de la Iglesia. Ésta buscaba una formación integral de las personas. Combinaba la enseñanza de los conocimientos con la práctica de los actos de piedad y las costumbres cristianas. Se inculcaba la virtud como medio para adquirir la salvación. También los Ilustrados predicaban la virtud para ser felices en esta vida. Consideraban que la religión era una superstición que mantenía al pueblo en la ignorancia para tenerlo sometido a las

clases privilegiadas. Los Ilustrados emprendieron una crítica de la religión y de las enseñanzas que la Iglesia daba en las escuelas. La situación de ignorancia del pueblo era denunciada tanto por los hombres de Iglesia como por los Ilustrados. La situación se agravó por la Revolución. Todavía después de la caída de Napoleón, el P. Chaminade, como antes había hecho Lammenais, constataba:

Un mal muy común en todos los tiempos, pero que lo es mucho más al final de los errores de una revolución, es la falta de instrucción en las cosas más esenciales, y particularmente en materias religiosas. A veces se ha llegado a la edad en que uno se siente avergonzado de necesitar instrucción y, por una vanidad mal entendida, se permanece en una ignorancia que ya era tiempo de eliminar¹⁰.

Cuando los jóvenes quieren darse cuenta es ya demasiado tarde. Una vez que deja los estudios, al quedarse solo, no encuentra el ambiente adecuado para seguir profundizando su formación. Las frivolidades resultan más atractivas. Tan sólo una religión de amor y de caridad puede dar una respuesta a estos desafíos.

La Revolución Francesa quitó a la Iglesia las instituciones educativas que pasaron a mano del estado que definió el nuevo sistema de enseñanza. Durante la época turbulenta revolucionaria los niños quedaron muchas veces sin bautizar y sin recibir la enseñanza religiosa catequética con la que eran preparados a la primera comunión. Lo mismo pasó con el resto del pueblo. Con el concordato de Napoleón, el estado siguió teniendo el monopolio de la enseñanza pero permitió a la Iglesia la enseñanza religiosa.

El Padre Chaminade comprendió la situación de su tiempo y aprovechará las circunstancias para formar a los niños y jóvenes en la Congregación de Burdeos. Quería ante todo atraerlos a vivir el estilo de vida cristiana. La finalidad era formar jóvenes virtuosos, útiles a la sociedad. Usó todos los medios a su alcance teniendo una visión de conjunto de lo que implicaba la formación.

Lo mismo que el cuerpo, nuestra alma necesita un alimento... Los alimentos de un corazón que camina hacia la perfección son: 1) la lectura de las sagradas Escrituras; 2) la de libros de piedad; 3) la asistencia a las instrucciones; 4) la frecuentación de los sacramentos; 5) los diferentes ejercicios de piedad; 6) la práctica de las buenas obras de la caridad cristiana.

De todas estas fuentes brota una abundancia de vida que se aprecia tanto más cuanto más se las experimenta. Todos y cada uno deben a diario refrescarse y fortificarse en ellas, extraer de ellas una nueva vida¹¹.

¹⁰ "Introducción al estado de congregante", EP I, 93.68-69.

¹¹ "Instrucción para los jefes de división", EP I, 43.2-3.

A los tres primeros alimentos los considera alimentos del espíritu, a los tres últimos alimentos del corazón. Se trata pues de una formación integral. La lectura es el primer alimento del espíritu. La lectura por excelencia es la de las Escrituras:

Es inútil creer que uno puede bastarse a sí mismo. Lo mismo que a nuestro cuerpo se le ha dado el aire para mantener su vida natural, igualmente la palabra de los libros sagrados se le ha dado a nuestras almas para que le proporcione y mantenga la vida, más preciosa, del espíritu. Debemos respirar los libros sagrados como respiramos el aire...porque la preciosa lectura de los libros sagrados es el alimento de los fuertes¹².

No se puede dejar de admirar el que se recomiende la lectura de las Escrituras. Se supone que existen traducciones accesibles. Pero no se puede imponer, probablemente porque de entrada su lectura nos presenta un mundo un tanto extraño, Por eso se corre el peligro de abandonar la lectura porque al principio no resulta atractiva. Por eso hay que hacerla en pequeñas dosis.

Para facilitar la comprensión de la Escritura están los libros piadosos que actualizan el mensaje de manera comprensible.

El rasgo característico de un buen libro de piedad es que la doctrina o la moral se apliquen al uso cotidiano y de una manera apropiada a los tiempos y circunstancias

¹² *Ibidem*. Tratándose de sacerdotes, en una especie de programa de formación permanente, el P. Chaminade recomienda en primer lugar el estudio de la Regla porque el sacerdote marianista es ante todo un religioso. Pero reconoce la importancia del estudio de la Escritura para el ministerio sacerdotal de la Palabra:

“El estudio, en sus ratos libres, es absolutamente necesario. Pero, me preguntará, ¿cuál es su objetivo? Para responderle, mi querido Hijo, debería yo preguntarle a usted mismo; pero, ya que usted me pregunta, intentaré muy gustosamente satisfacer su pregunta.

En primer lugar, debe hacer un estudio razonado y profundo de nuestras santas Reglas, en su conjunto y al detalle. Debe también estudiar las Constituciones del Instituto [de las Hijas de María]¹². Se dará cuenta que este estudio razonado le conducirá a todas las cuestiones serias y prácticas de los votos, la clausura, la meditación, las penitencias, la enseñanza católica, la oración, los santos cánones en su relación con el estado religioso, la vida interior...

El segundo tema de estudio para usted, mi querido Hijo, es la Sagrada Escritura. Todos los días, en cuanto le sea posible, debe leer y meditar algunos pasajes de este libro divino. Pero huirá del espíritu profano en sus investigaciones; es el corazón, iluminado por las luces de la fe, quien hará el trabajo. No debe descuidar la parte histórica. La palabra del sacerdote debe ser, tanto como sea posible, un tejido de la Santa Escritura, sin afectación ninguna.

He aquí dos amplios campos abiertos a sus reflexiones. Entre en ellos con ardor pero con sencillez; no debe trabajar en su instrucción más que con la mirada de la fe y no con la mirada de la vanidad humana”. *Cartas*, V n°1202, 26.4. de 1840, a Perrodin.

de un tipo de personas o de edades¹³.

Se denuncia, en cambio, la lectura de libros peligrosos, que hay de tres tipos: la literatura libertina, los libros de ficción y finalmente los libros religiosos condenados por la Iglesia. Es muy interesante la crítica a los libros de ficción, que no puede dejar de traer a la memoria la que ya hizo Platón de la poesía. Es el conflicto de arte y verdad, arte y moral. Las obras de ficción tienen un gran poder de seducción.

Son historias y aventuras agradables, relatos fabulosos pero corteses, piezas teatrales y poesías de autores famosos. Uno se cree que la lectura de este tipo de libros forma el espíritu de los jóvenes, pero nada es más capaz de arruinar el espíritu y corromper el corazón: además de la pérdida de tiempo, su lectura produce disgusto por las obras sólidas, los libros de piedad se vuelven sosos, las pasiones más peligrosas son descritas en ellos con tanto arte y el vicio es disfrazado de tal modo que es raro que un joven se sorprenda y pierda pronto todo el horror que tenía a esos mismos vicios¹⁴.

Como los libros de ficción nos atraen, tras la caída de Napoleón, la Congregación de Burdeos hará una biblioteca de novelas o teatro parecidos a la Galería Salesiana. Se posibilitaba el acceso a obras clásicas, expurgándolas de los pasajes inconvenientes.

Los libros más peligrosos son los de tema religioso condenados por la Iglesia:

Estos libros son tanto más peligrosos para la juventud cuanto menos se desconfía de ellos, porque parecen difundir cosas buenas y verter las máximas más puras del Evangelio, y, además, los que hacen propaganda de ellos pasan por ser hábiles y virtuosos¹⁵.

Para mejorar la formación, el P. Chaminade recomienda la asistencia asidua a las instrucciones que se dan en la Congregación en reuniones abiertas al público. En estas reuniones los protagonistas eran los laicos. Tuvieron lugar durante los primeros años de la

¹³ “Instrucción para los jefes de división”, EP I, 43.4. En otro texto añade: “Al acabar de leer, hay que hacer algunas reflexiones sobre lo leído. Y, mientras lee, no puede tener ninguna otra intención que la de instruirse y edificarse, sin buscar satisfacer la propia curiosidad. Los más fervorosos deben intentar adquirir la costumbre de las familias que funcionan bien: leer en común todas las tardes un buen libro”, “Práctica de estos deberes”, EP I, 35.24.

¹⁴ “Práctica de estos deberes”, EP I, 35.25.

¹⁵ *Ibidem*.

Congregación, antes de su supresión por Napoleón (1809).

“Las instrucciones son otra fuente de alimento, derivadas de los libros santos, que son la fuente primera a la que hay que remitir todo.

Tienen de PARTICULAR Y DE VENTAJOSO EL QUE, ACOMPAÑADAS de entonación, de la expresión del rostro y del gesto, parecen penetrar por todos los sentidos y, por decirlo así, golpear nuestra alma por todos lados a la vez.

También tienen la ventaja de que los ojos y los oídos se fijan como en un objeto que les es especialmente apropiado. El espíritu las escucha y las entiende mejor, mientras que, por el contrario y la mayoría de las veces, lo que se lee pasa por nuestra cabeza como una ráfaga de aire, de la que no retenemos más que una parte muy débil, que se aleja sin que nos volvamos a acordar de ello¹⁶.

Se nos han conservado una colección de notas que el P. Chaminade utilizaba para la animación de esas reuniones del domingo por la tarde. A veces el contenido de la instrucción no supera una página, otras llegan hasta siete. No parecen presentar un orden lógico, pero hay un cierto agrupamiento por temas. Según Emilio Cárdenas:

Los contenidos de las Notas de Instrucción se pueden agrupar en cuatro temas mayores. Son cuatro pilares, con estrecha vinculación entre sí, que van a constituir el conjunto de las enseñanzas del P. Chaminade a los congregantes: 1. LA COMUNIDAD como “congregación” y como sujeto de acción cultural, vital y misionera; 2. LA FE, tanto en el aspecto de teología fundamental (fe y razón), como de contenido dogmático (el credo), como en su vertiente moral (la virtud de la fe); 3. LA REGENERACIÓN MORAL que ha de vivirse en medio de las tareas seculares como provocación misionera ante el mundo; 4. LA CONSAGRACIÓN AL CULTO DE LA INMACULADA, como modelo de nueva creatura y como fortaleza en la lucha contra el pecado, consagración que explicita en el congregante la condición de hijo de María¹⁷.

Aunque Napoleón mantuvo el monopolio del estado en la educación, toleró la existencia de algunas congregaciones que se dedicaban a la clase popular para mejorar la situación moral del pueblo. Un contemporáneo describe la situación lamentable de los niños:

¹⁶ “Instrucción para los jefes de división”, EP I, 43.6.

¹⁷ E. Cárdenas, *Itinerario mariano de Guillermo José Chaminade. Misionero de María*, SPM, Madrid, 2004, p. 71.

«Los hijos del pueblo recorrían los diversos barrios como tropas indisciplinadas, ultrajando a los ancianos, insultando a los que pasaban, entregándose en el puerto a un pillaje habitual, extendiéndose por los campos de alrededor donde dejaban siempre desoladoras pruebas de su paso, ofreciendo también dentro de la ciudad, en el jardín público o en las dependencias del Château-Trompette, el espectáculo de combates a menudo sangrientos a que se entregaban los niños de los diversos barrios y que sólo la intervención de la fuerza pública podía detener¹⁸.

El P. Chaminade colaboró con esas congregaciones enseñantes de diversas maneras. La Reunión del Sagrado Corazón de la señorita Fatin y del P. Vlechmans o las Hijas del Sagrado Corazón de la señorita Vincent, porque el apostolado era su carácter distintivo, encontraron en la Congregación de Burdeos un vivero de vocaciones. También se beneficiaron las Ursulinas y las Hermanas de San Vicente de Paúl y las Hermanas de Nevers.

Para responder a las necesidades del tiempo libre de los niños se creó **la obra de los postulantes**, verdadero "círculo juvenil" que prepara para el "círculo" de los mayores. Podía parecer una especie de club juvenil, en realidad los postulantes constituían una Congregación en pequeño.

El P. Chaminade orientó hacia la enseñanza a dos de los mayores de la Congregación, los dos prefectos del primer año, Louis-Arnaud Lafargue y Guillaume Darbignac. Abrieron una escuela en Burdeos y acabarán formando parte de las Escuelas Cristianas de S. Juan Bautista de la Salle.

El P. Chaminade se preocupó también por **el reclutamiento y formación de los sacerdotes**. El arzobispo inauguró su seminario diocesano en 1804. Todo el personal, directores y alumnos, había sido proporcionado por la Congregación del P. Chaminade. En 1808, los seminaristas que seguían frecuentando la Congregación, eran lo suficientemente numerosos como para constituir una fracción especial.

No se puede olvidar la casa de educación de la calle des Menuts, dirigida por el Sr. Estebenet, que era uno de los doce primeros congregantes y uno de los tres prefectos del primer año. Su entrega al P. Chaminade y a la Congregación era sin reservas. Cuando se fundaron los religiosos marianistas, le compraron el colegio.

¹⁸ El padre Rigagnon, citado por J. Simler, *Guillermo José Chaminade*, SPM, Madrid 2005, vol. I p. 240.

2.2 La Compañía de María en la educación

Con la Restauración (1815) se abrió de nuevo la posibilidad que la Iglesia se hiciera presente de nuevo en la enseñanza no universitaria. A través de la educación de las nuevas generaciones se pretende hacer que el catolicismo sea el factor de cohesión social de la nueva sociedad liberal y el agente de la elevación moral de los individuos. Se busca, así, impedir el proceso de secularización de la cultura que impone la visión racionalista y materialista del pensamiento liberal.

El proyecto de regenerar la Iglesia francesa y de recristianizar las masas por medio de la enseñanza provenía de 1808, cuando los hermanos Lamennais –Juan María y Roberto- propusieron un programa pastoral en el que definían un elenco de tareas y prioridades. En sus *Réflexions sur l'état de l'Eglise en France pendant le XVIIIe siècle et sur sa situation actuelle* dictaminaron los males posteriores a la Revolución: ateísmo práctico, torpor y letargo moral y espiritual, muchos sacerdotes tibios y sin iniciativa...; pero, sobre todo, el mal del siglo era la ignorancia religiosa. Para combatir dichos males propusieron elevar el nivel espiritual y cultural del clero en los seminarios y casas de formación de los religiosos. Así fue como combatir la ignorancia religiosa y actuar en la escuela iba a ser el modelo pastoral de la Iglesia del siglo XIX. De esta manera, la Iglesia estaba convencida del papel crucial que tenía la enseñanza en el proyecto de la reconquista de la sociedad¹⁹.

Surge así un catolicismo de las obras que muestra la utilidad pública de la religión. El surgimiento, sin embargo, de nuevos Institutos durante el siglo XIX brota de una renovada experiencia evangélica y cristocéntrica. La caridad es la mejor apologética de la fe en el mundo moderno.

Las Congregaciones religiosas de la Restauración van a vivir una espiritualidad del cristianismo social o de las obras, y la fraternidad entre hermanos, todos iguales. Los hermanos y hermanas con votos simples, reunidos en pequeñas comunidades dispersas por el territorio rural francés, se dedicaron a la educación de las clases pobres, al cuidado de los enfermos y ancianos, de los niños abandonados y promoción de la mujer.

El catolicismo francés va a vivir un fuerte impulso misionero de propagación de la fe. Pero también va a aparecer un vivo sentido social de la fe y de la dignidad del trabajo manual. Así se contribuía a la mejora moral y de las condiciones de vida del campesinado y de la clase trabajadora. Se puede decir que en la espiritualidad y la misión de los fundadores y fundadoras vino a darse una revolución religiosa en la sociedad moderna, en correspondencia con la revolución política liberal y la revolución económica industrial

¹⁹ A. Gascón, *Historia General de la Compañía de María*, SPM, Madrid 2007, vol. I, p. 137. Nos inspiramos en él en el tema de la enseñanza.

(Gascón). La misión tiene ahora un fuerte componente secular en sus mediaciones y formas, en contacto directo con seculares.

El P. Chaminade participó activamente en el proyecto de la Iglesia de evangelizar la sociedad. Sus dos Órdenes se comprometen a colaborar en la “reforma de las costumbres”²⁰. Más aún, hacen un voto de enseñanza de las costumbres cristianas que consisten en “preservar y curar del contagio del mal”²¹. No es el mismo voto de enseñanza que hacen otras Congregaciones religiosas simplemente enseñantes. Chaminade se sitúa en la tradición de los jesuitas²². Por eso “este último voto contiene eminentemente los tres

²⁰ “Este es, mi respetable Hijo, el carácter distintivo y el aire de nuestras dos Órdenes: somos especialmente los auxiliares y los instrumentos de la Santísima Virgen en la tarea de la reforma de las costumbres, el apoyo y crecimiento de la fe, y por ella la santificación del prójimo”, *Cartas*, V, nº 1163; 14.8.1839.

²¹ “Convencidos de que nuestra misión, a pesar de nuestra debilidad, es ejercer hacia el prójimo todas las obras de celo y de misericordia, abrazamos en consecuencia todos los medios para preservarle y curarle del contagio del mal, bajo el título general de enseñanza de las costumbres cristianas, y lo hacemos en ese espíritu objeto de un voto particular.

Así, *el voto de enseñanza* que hacemos, que es común con otras Órdenes, es distinto ya que es más extenso en la Compañía y en el Instituto que en otros muchos lugares. Tomando como objetivo las palabras de María: «Haced lo que Él os diga», nuestro voto alcanza todas las clases, todos los sexos y todas las edades, pero sobre todo a la juventud y a los pobres, y esto nos distingue realmente de todas las Congregaciones que emiten el mismo voto.

He ahí, por tanto, mi respetable Hijo, el espíritu y la extensión de nuestro *voto de enseñanza*; este es el carácter distintivo que consagra en la gran familia religiosa un aire de familia exclusivamente propio de los Hijos de la Compañía y del Instituto”, *Idem*.

“Las costumbres cristianas consisten principalmente en ejercitarse en la caridad con el prójimo, en un santo abandono de sí y de todas sus necesidades en la Providencia, y en la guarda interior de las virtudes”, “Instituto de las Hijas de María” (1816), EP V, 5.9.

²² “Esta idea de universalidad está en cambio inscrita en el voto de enseñanza de los niños que los profesos de la Compañía de Jesús añadían a los votos ordinarios. He aquí su comentario en sus mismas Constituciones.

La promesa de enseñar los niños y personas rudes, conforme a las Letras Apostólicas y Constituciones, no obliga más que los otros ejercicios espirituales con que se ayuda el próximo, como son Confesiones y predicaciones etc., en las cuales cada uno debe ocuparse según la orden de la obediencia de sus Superiores. Pero pónese lo de los niños en el voto, para que se tenga más particularmente por encomendado este santo ejercicio, y con más devoción se haga, por el singular servicio que en él se hace a Dios nuestro Señor en ayuda de sus ánimas, 4y porque tiene más peligro de ser puesto en olvido y dexado de usar que otros más aparentes, como son el predicar etc.. (Cons 5:528 B).

Este texto amplía el concepto de enseñanza integrando en ella diversos apostolados que no son escolares. El P. Le Gaudier precisa que *bajo el título de enseñanza se comprenden las diversas obras de celo de la Compañía que no excluye casi ninguna de ellas*. He aquí algo muy cercano a la búsqueda que está haciendo el P. Chaminade: universalidad de las obras y sumisión a los superiores”, J. B. Armbruster, *El estado religioso marianista*, SPM, Madrid 1995, p. 240.

finés del Instituto. Los otros solo son el medio desde distintas perspectivas”²³. Aparece así la finalidad claramente misionera de la vida marianista.

Ese carácter misionero aparece formulado al principio las Constituciones de 1839: “trabajar en el mundo por la salvación de las almas, sosteniendo y propagando, por los medios adaptados a necesidades y al espíritu de los tiempos, las enseñanzas del evangelio, las virtudes del cristianismo y las prácticas de la Iglesia católica”²⁴.

En sentido estricto, la Compañía de María no es una congregación docente; sino que ella, como el conjunto de obras apostólicas que suscitó el proyecto misionero del padre Guillermo José Chaminade, nació para anunciar y sostener la fe católica con el fin de contrarrestar el nuevo fenómeno social de la pérdida masiva de la religión, en el marco cultura de la Modernidad; pero esta misión se podía ejercer por toda clase de medios y de tareas²⁵.

La elección de la educación de la juventud se debió a un doble proceso convergente. Iglesia y estado estaban de acuerdo en que era necesaria la escolarización de la población si se deseaba avanzar en el progreso moral, político y económico de las sociedades industriales y urbanas modernas. Pero además la orientación hacia la enseñanza de la Compañía de María se arraiga en la entraña misionera del carisma fundacional marianista para formar en la fe católica a las nuevas generaciones.

En efecto, desde el primer momento de vida de la Compañía de María, los nuevos religiosos, además de los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, profesaban el voto de “trabajar en la enseñanza de las costumbres cristianas y de la fe católica”. En este último voto se expresaba la identidad misionera de la nueva congregación. Pero, ¿con qué medios? Pronto verán el grupo fundador y sus discípulos que el medio más idóneo para aquel momento será la enseñanza escolar de la infancia y juventud. En esta orientación influyeron notablemente los criterios de don David Monier y de los seminaristas Collineau y Lalanne, éstos dos últimos empleados en la Pension Estebenet. Pero también, del mismo Chaminade, sin cuya aceptación no se hubiese podido tomar esta importantísima decisión institucional²⁶.

²³ “Instituto de las Hijas de María (Gran Instituto)”, EP V, 6.35, a 300.

²⁴ *Constituciones SM* 1, EP VII, 28.5. Los otros dos fines de la vida religiosa marianista tienen que ver con la perfección religiosa, y las reglas de precaución y reserva contra al relajamiento.

²⁵ A. Gascón, *Historia General de la Compañía de María*, SPM, Madrid 2007, vol. I, p. 121.

²⁶ *Idem*, p. 122.

Chaminade se daba cuenta de que los enemigos de la religión utilizaban la escuela para difundir sus ideas anticlericales ya entre los niños. No se limitaban a enseñar materias científicas sino que transmitían con sus palabras y estilo de vida todo un mensaje contrario al cristianismo. Chaminade cree que la formación en la fe debe empezar ya desde la infancia. Era lo que siempre había hecho la Iglesia, y la tradición jesuita mostraba cómo las materias profanas contribuían a la formación de la persona. La justificación de la predilección por los niños la da Chaminade refiriéndose al ejemplo de Jesús y de María. Jesús ha muerto por todos y en el evangelio aparece acogiendo a los niños. María es proclamada Madre en el calvario por Jesús. El marianista está al servicio de María, asociada al misterio de la redención²⁷. La Compañía acepta escuelas primarias gratuitas, escuelas primarias preparatorias, escuelas especiales, escuelas normales y escuelas de artes y oficios. Pero “la Compañía de María solo enseña para educar cristianamente; por eso hemos puesto todas las obras de enseñanza bajo el título de educación cristiana. Nadie debe llevarse a engaño”²⁸.

Chaminade no es un intelectual pero es una persona estudiada y que aprecia el estudio, que se ha cultivado a lo largo de su vida y que ha adquirido una importante biblioteca para estar al día en teología. No ignora, sin embargo, los peligros del estudio, sobre todo para la vida de oración. El trabajo manual, en cambio, la favorece. Por eso la vida monástica ejerció sobre él siempre una cierta fascinación.

Hay una diferencia entre el estudio y el trabajo manual: que mientras se está estudiando, se excluye LA ORACIÓN, que INCLUSO durante EL TIEMPO de la oración el recuerdo de lo que se ha estudiado se convierte en fuente de muchas distracciones, que el estudio provoca en el corazón más emociones o las hace más vivas; mientras que, al trabajar manualmente, se reza; que una ocupación moderada deja la capacidad de dirigir sus pensamientos hacia Dios o hacia los objetos que lo glorifican; que el corazón se mantiene así en la paz de la oración mental y no está alimentado con temas que acaban por privarlo de su objeto²⁹.

²⁷ *Constituciones SM*, 252 y 254, EP VII, 28. 252 y 254. “Por eso, el corazón de una Hija de María debe ser el de una madre, o sea, un corazón lleno de solicitud y compasión por todas las miserias de la humanidad, particularmente por las que comprometen la salvación de las almas, que son la ignorancia y el pecado. Dedicará su vida a extirparlos, en la medida de sus posibilidades y de los medios que le dé la Providencia”, *Constituciones de las Hijas de María* 8, EP VII, 29.8.

²⁸ *Constituciones SM*, 256, EP VII, 28. 256 “Por su oficio, la Madre de instrucción está encargada de la más importante de las llamadas obras de caridad. La instrucción que debe difundir, comprende las letras humanas más sencillas, la doctrina cristiana y las costumbres y los hábitos que debe inculcar en la voluntad y el juicio de las personas que instruye”, “Instituto de las Hijas de María” (1816), EP V, 5.8.

²⁹ “Instituto de las Hijas de María” (1816), EP V, 6.11 a. 87.

También conoce el peligro de quedarse en una enseñanza puramente intelectual y pone en guardia contra ello:

Tiene que «inculcar en el corazón de mis queridos Hijos», durante el retiro que va a empezar, «el espíritu de nuestras obras, todas de caridad». Tiene que hacer sentir a aquellos y aquellas que enseñan directamente, cuánto se engañarían si limitaran sus esfuerzos en instruir en las letras humanas; si pusieran todos sus cuidados y toda su gloria en hacer sabios y no cristianos, o en conquistar una reputación mundana, olvidando entonces que son misioneros de María, para rebajarse al rango vil de los industriales de la enseñanza en nuestro siglo, descenderían de la altura de su sublime apostolado³⁰.

Lalanne se dio cuenta que la situación de Burdeos necesitaba una alternativa a lo existente. Por un lado la enseñanza primaria estaba orientada sólo a enseñar a leer, escribir y contar, mientras la secundaria exigía los estudios de latín; verdadero problema pedagógico entre los pedagogos y legisladores del momento. La actividad comercial de Burdeos demandaba un programa de estudios en el que, además de las materias clásicas, se dedicasen más horas a la enseñanza de la historia, geografía, matemáticas, física y química, lengua francesa, idiomas y contabilidad. Una oferta educativa tan novedosa aseguraría numerosos alumnos al colegio que se pensaba fundar. Con estos condicionantes, la decisión a favor de la enseñanza se fue consolidando (Gascón). Lalanne fue sin duda un genio pedagógico y un pésimo administrador. Pero no cabe duda que la Compañía de María va a tener desde el principio un gran éxito en la enseñanza.

El deseo de Chaminade era llegar a cuantos más alumnos mejor, para multiplicar los cristianos porque la Iglesia, como María, deber ser una madre fecunda. Al no disponer de suficientes religiosos cree que la clave está en la formación de los maestros de escuela. La causa de la corrupción de la juventud está en buena medida en el mal ejemplo de sus padres:

Todavía voy a hacer algunas reflexiones para subrayar la importancia de fundar Escuelas normales en la forma que las proponemos. Es cierto que Francia se pierde – salida victoriosa de la Revolución que la amenaza por todas partes–, si no se salva a la generación del pueblo que está llegando. Pero ¿qué medio habrá para salvar esta generación que está

³⁰ *Cartas*, V, nº 1163; 14.8.1839. “Me parece que el sr. Gaussens entiende poco lo que debe ser una Escuela normal llevada por la Compañía de María, y está más ocupado en cómo se hacen los progresos en los estudios, y muy poco en que los candidatos aprendan a llevar bien a los niños y a formarlos en la piedad y la virtud. Si solo se trata de instruirlos, no valdría la pena que tuviésemos tantas preocupaciones. En Francia no faltarán, desde hace mucho tiempo, maestros de escritura y de matemáticas. Es necesario estar atento a que el sr. Clouzet entienda bien todos los Métodos y que, en sus visitas, pueda juzgar si se trabaja de acuerdo con ellos”. *Cartas*, II, nº 495, 30.12.1829, a Lalanne.

casi toda perdida?. Los hijos se parecerán a sus padres, tendrán sus principios y sus costumbres: a tal padre, tal hijo. A falta de los padres ¿quién estará para suplirlos? ¿Los Párrocos, los Vicarios? Ven raramente a los niños, tienen poca autoridad sobre ellos, etc. Estos niños están perdidos, si no tienen junto a ellos buenos Maestros de escuela. De ahí la indispensable necesidad de formar un gran número de Maestros de escuela para poder enviarlos a todos los Municipios. De ahí, también, la necesidad de multiplicar las Escuelas normales en todos los Departamentos. La mayor parte de Maestros de escuela en ejercicio o son ignorantes o no saben tratar a los alumnos, o incluso no ponen ningún interés en ello: supongo que no sean motivo de escándalo, lo que no es muy raro. Por eso, la necesidad de nuestros largos y frecuentes retiros de Maestros de escuela. Y este medio es agradable y seguro, para hacerlos buenos o por lo menos pasables, o remplazarlos por candidatos formados³¹.

Chaminade señala la falta de personas de referencia para los niños. Los maestros dejan mucho que desear. Chaminade confía todavía en los sacerdotes pero éstos están experimentando ya lo que hoy día llamamos la búsqueda de interlocutor. Los niños no están en contacto con los sacerdotes y muchos de éstos no tienen autoridad. Con la modernidad la Iglesia ha perdido visibilidad y la religión va quedando confinada al ámbito privado de la persona. Aunque ya antes de la Revolución existían cristianos que no practicaban, después la situación se ha ido generalizando. Las personas no vienen a la Iglesia y ésta tiene que salir al encuentro de los llamados alejados. Las escuelas de la Iglesia son una de las pocas plataformas donde las personas, niños y padres, pueden todavía oír hablar de la fe cristiana.

A Chaminade le interesa ante todo la formación religiosa de los maestros. No sólo que conozcan la religión sino que también la amen y la practiquen³². En Saint-Remy empezó organizando retiros y charlas pedagógicas para ellos y en 1824 estableció una Escuela Normal con un currículo de asignaturas que el futuro maestro debía enseñar. El sueño de su vida, después de fundar la primera en Saint Remy y la de Courtefontaine, fue el de poder establecer Escuelas Normales en todo el territorio de Francia. La revolución de 1830 dio al traste con sus sueños, pero en 1845 aceptó la dirección de la Escuela Normal de Sion, en Suiza.

© *Mundo Marianista*

³¹ *Cartas* II n° 506, del 4.3.1830 a Lalanne.

³² *Cartas* II n° 503, del 22.2.1830, a Lalanne.